

Resistir

Fiesta y tradición en México

FRANCISCO PALMA



Resistir

Fiesta y tradición en México

FRANCISCO PALMA



Colección AcerVOS
Papeles Americanos

Comisariado:
Eunice Miranda Tapia

Dirección de la Colección:
Fernando Quiles García

Edición:
Eunice Miranda Tapia

Diseño de la edición:
Belén Calderón Roca

Maquetación:
J. David Ruiz Barba

Impresión:
Artigama. Carmona, Sevilla
Primera edición, septiembre 2016
Todos los derechos reservados. Su reproducción en cualquier formato
está condicionada al permiso de los titulares de la edición.
Impreso en España / Printed in Spain

ISBN: 978-84-617-4886-0

Imagen de portada: De la serie Señores de la lluvia, Volcán Popocatepetl, Puebla, 2010.
© de los textos de las series: Francisco Palma, del resto de los textos: sus autores
© de las fotografías: Francisco Palma
© de la edición: AcerVOS, EnredARS, Universidad Pablo de Olavide

Este Catálogo se presenta con ocasión de la exposición Resistir. Fiesta y tradición en México, presentada del 14 al 30 de septiembre en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla y organizada por ENREDARS y el Área de Historia del Arte de la Universidad Pablo de Olavide. Esta publicación ha sido parcialmente financiada por medio del Plan Propio de Investigación de la Universidad Pablo de Olavide.

Índice

9	De fiesta FERNANDO QUILES GARCÍA
13	A fuerza de resistir EUNICE MIRANDA TAPIA
17	Resistir, re-crear FRANCISCO PALMA
20	Señores de la lluvia
26	Tigres de Zitlala
30	Semana Santa Tarahumara
34	Esperando las ánimas
38	Fiesta Grande
42	La fiesta de los diablos

Presentación

De fiesta

Fernando Quiles García. Universidad Pablo de Olavide

Me gusta celebrar con los amigos y lo disfruto sobremanera cuando se trata de tomar parte en una fiesta tradicional. Quienes hemos nacido en pueblos pequeños sabemos lo que es el apego a la tierra y la sensación de disfrutar en el seno de un grupo humano de hondas raíces. Al ser de una pequeña localidad sevillana he tenido esa experiencia, con el vecindario cumpliendo escrupulosamente el calendario festivo. Se daba cita —como aún lo sigue haciendo— para rememorar hitos de la historia local o cumplir con el calendario litúrgico, tomando los principales espacios públicos, como la plaza principal con sus calles aledañas y la iglesia mayor. Se trataba de sellar un pacto de vecindad, de entendimiento y comprensión, de convivencia, en definitiva. Música, baile y, casi siempre, actos religiosos, pautaban el día o los días festivos. La alegría y el bullicio, la responsabilidad y el rigor, siempre las buenas intenciones de compartir un grato escenario. Corporaciones diversas, religiosas o profanas, se hacían presentes en el espacio público para dar testimonio del cumplimiento con los preceptos religiosos o cívicos. Desde la Natividad hasta las fiestas de la vendimia, había muchas maneras de hacer pueblo. El municipio ponía orden en el desenvolvimiento de la colectividad, la iglesia bendecía al vecindario y sacralizaba el itinerario a su paso por el templo. Más aún, rigió el ritmo vital del vecindario con el santoral creado al efecto¹.

1 Como la *Leyenda de Oro* del jesuita Ribadeneira. "Quiere *Curioso* sabe el por qué de los días de fiesta". La respuesta: "Lo primero, porque en los mismos Santos se honra y adora á Dios nuestro Señor. Lo segundo, para que nos acordemos de los ejemplos de piedad y santidad que nos dejaron, del modo con que triunfaron del mundo, demonio y carne. Lo tercero, para que sigamos sus pasos, e imploremos sin cesar su patrocinio". cap. X, p. 39-40.

Las representaciones religiosas, que también acompañaban a los fieles en sus demostraciones públicas de fe, manifestaban ante todo una creencia íntima y familiar. Y relataban historias que venían dadas en los libros sagrados o en otros repertorios religiosos. Sin embargo, al margen de este componente sagrado existe una amplio y heterogéneo repertorio de celebraciones, ritos y símbolos que derivan de manifestaciones culturales más remotas y que entroncan con el modo de vida de la gente en el mundo rural desde tiempo inmemorial. Algo muy telúrico. El calendario agrícola prestó algunas fechas. La siembra o la cosecha fueron suficientemente importantes en la vida de estas poblaciones como para celebrarlo. Y si acaso la religión lo revistió con sus ropajes. He ahí los santos labradores, como san Isidro, que se colaron entre los días festivos del pueblo. También la mayoría de muy remota existencia, como san Gregorio, san Vicente u otros mártires de las primigenias comunidades cristianas, como Ciríaco, Estratón, Rufina, Arcadio, etc.

Y pese a la riqueza de matices, la innumerable cantidad de aristas que el calendario festivo tenía, en nuestras tierras hispanas no llegamos a disfrutar de lo que en el mundo americano fue una fuente maravillosa de inspiración, el manantial inagotable de los pueblos originarios. Las celebraciones motivadas por las necesidades expresivas y culturales de las comunidades indígenas son innumerables. Muchos de estos pueblos han logrado sobrevivir en sus fiestas. Otros han trascendido sus límites culturales para hacerse hueco en un mundo en el que el mestizaje cobra protagonismo. Santos de aquí y allá, ritos propios y apropiados, símbolos ancestrales nacidos al abrigo de horizontes remotos y parajes profundos. Cuánta riqueza atesoran los países americanos en este sentido. Inagotable. Y México, todo un continente, no deja de sorprendernos con su desbordante imaginación y sus minas de este rico metal que es la cultura.

Quienes contemplamos desde la distancia semejante caudal de fiestas, hemos de alegrarnos por la complicidad de artistas y cronistas que nos traen a este lado del mundo evocaciones

e imágenes de cuanto ocurre por esa inabarcable geografía mesoamericana. Y en sentido hemos de celebrar el papel jugado por un gran ejército de fotógrafos que comparten con nosotros sus experiencias visuales a lo largo de este territorio.

Este es una práctica que tiene años y que me trae de nuevo al pueblo, donde desde pequeño pude contemplar la presencia de un personaje aparentemente ensimismado que recorría las calles y se entremezclaba con quienes festejaban, con una cámara fotográfica al cuello. Era el fotógrafo, generalmente un aficionado que hacía lo que podía para dominar la técnica y lograr inmortalizar a la gente del pueblo en su desenvuelto comportamiento festivo. No fue algo privativo de mi lugar. Desde la segunda mitad del XIX son innumerables los fotógrafos que se mimetizan con las poblaciones rurales para plasmar su vida. El fotógrafo se convierte en el notario que da fe de lo que estaba ocurriendo. La capacidad narrativa de estos reporteros gráficos, a través de las instantáneas, es ilimitada. Y en cada época estos transcriptores de la vida festiva usaron un léxico determinado. Desde las viejas fotos en blanco y negro con posados rigurosos hasta las "prudentes" locuras de disfrazados o mártires del fingido furor del pueblo, nos ofrece una idea remota de un tiempo pasado, en algún caso han dejado de ser retratos de costumbres para ser obras de arte. Podemos sintetizar este sentimiento a través de un texto de mediados del XIX, en el que el autor de *Los Días Geniales* dice: "Cuando después de algunos años hayamos desaparecido del mundo con todas nuestras rarezas y preocupaciones, cuando nuestros nietos ignorantes de nuestras prácticas quieran descender el velo que el tiempo haya echado sobre nuestras costumbres, apreciarán en lo que valgan estos testimonios irrefragables de lo que hemos sido, y sentirán a no dudar como lo sentimos nosotros, que en ellos hayan sido tan concisos nuestros abuelos"². Su esposa, Robustiana Armiño de Cuesta, periodista y mujer artista, añadiría

2 R. Armiño de Cuesta, "A mi esposo" (Juan Cuesta), *Fotografías sociales*. Madrid, Impr. Escuelas Pías, 1861, " p. IV

"Yo me ocupo tan solo de la sociedad actual y en vez de cuadros tomo únicamente las fisonomías tales cual me las presenta la gran novela de la vida, esforzándome únicamente en fotografiarlas con todos sus rasgos, con todas sus flaquezas, bajo todas sus formas, y hasta en las situaciones más comunes siempre que de ellas pueda surgir un rayo de luz, un rayo de enseñanza"³.

Doña Robustiana efectúa un retrato de costumbres apoyada en su fluida prosa. Sin embargo, no deja de conectar con lo que en las siguientes décadas del siglo será el itinerario seguido por la fotografía, cuya eclosión se produce en paralelo al desarrollo de la sociología, con la que conectó de inmediato: "El instante fotográfico es irrecuperable, en ese sentido es decisivo. La fotografía es profundamente democrática: trata a todos los sujetos y objetos por igual. Permite así estudiar la esencia abstracta de la variación humana, es decir, de los tipos humanos diversos. El mundo puede ser visto, mirado, estudiado a través de imágenes fijas. Permite analizar la realidad social desde una cierta distancia. Como la letra impresa, la fotografía fija permite que algo pueda ser vuelto a ver"⁴.

En las instantáneas que publicamos ahora recuperamos una tradición doble, la de la fiesta en México y la del fotógrafo que aparte de artista es testigo de un tiempo que seguro no vuelve a repetirse. El pueblo seguirá celebrando, pero los individuos serán otros. Disfruten, como yo lo hice en mi pueblo, y lo hago ahora a través de la lente de Francisco Palma.

3 Idem, p. IV.

4 J. M. de Miguel y O. G. Ponce de León, "Para una sociología de la fotografía". *Reis*, 84/98, págs. 83-124.

A fuerza de resistir

Eunice Miranda Tapia. Universidad Pablo de Olavide

En la imperfección del multiculturalismo, en la contradicción y en la perpetua mezcla de tradición y modernidad, la fotografía parece situarse con comodidad, sin que ello signifique una tarea fácil. Color, movimiento, máscaras, baile y humor pero también silencio, solemnidad, rigor, hacen de las fiestas y tradiciones populares un tema que invita a observar y capturar en imágenes. Pero lograrlo no es tan sencillo, por una parte están los protagonistas, que sumergidos en la tarea delegada que les ha permitido la persistencia asisten a la celebración, la viven y se entregan a ella, y por otro lado está el fotógrafo, al que definiremos visitante o testigo, que con su mirada siempre ajena, externa y sorprendida, detiene en el tiempo los momentos que quizá significan una oportunidad estética o un registro visual afortunado. La delgada línea entre foto documentalismo y arte, pareciera ser lo que ubica en una posición aparte a unos y a otros fotógrafos. Entrar en el corazón del pueblo, sumergirse en la fiesta, empatizar con los habitantes, comprender los rituales, respetar el tiempo, el silencio y el ritmo para entre un instante y otro presionar el botón disparador, será siempre una especie de danza sutil que el fotógrafo aprenderá a practicar para deslizarse con soltura, sin interrumpir, casi siendo invisible, entre el bullicio y los tumultos o con sigilo entre velas encendidas y rezos murmurados.

El registro fotográfico de fiestas y tradiciones populares ha sido desde la llegada de la fotografía a México, un modo de preservar su valor como un aglutinante de identidad al generar documentos visuales que con mayor o menor fortuna estética logran su función: dar lugar en la memoria a un evento que quizá con el tiempo, con las inquietudes que traen los tiempos modernos, deje de suceder, y así, desaparezca sin más.

Desde la intención de registro como preservación de una fiesta localizaremos intereses varios, como aquellos que vienen desde la plataforma del Estado y que promueven la preservación de las fiestas populares como una oportunidad mercantilista de capitalizar un evento o que entablan una relación directa entre fiesta y nacionalismo, hasta los intereses personales que comprenden la preservación visual concebida desde la mirada independiente del artista.

En la primera línea rescatamos la visión crítica del historiador Ricardo Pérez Montfort, al hablar del "mexicanismo" presente en las disciplinas sociales como los estudios del folklore y las tradiciones —en las que también cabe la fotografía documentalista y antropológica—. En su texto se refiere al aparente declive ocurrido a partir de los años cincuenta del siglo XX, del patriotismo exacerbado surgido desde el siglo XIX y apuntalado por los periodos revolucionarios y postrevolucionarios, afirmando que en ese intento de superar esa posición nacionalista instalada en los estudiosos del tema: “No siempre se logró salir de los lineamientos patrioterros o regionalistas que insistían en la búsqueda de esas esencias y valores inmutables, pretendiendo escudriñar y describir lo que ellos mismos llamaban ‘el alma del pueblo’ ”¹.

Es en este sentido, en lo que define, señala, limita o etiqueta el valor de un determinado patrimonio cultural, en donde radica la complejidad de la preservación de las fiestas y tradiciones. ¿Quién es protagonista en ello? ¿Desde dónde se decide lo que debe continuar formando parte de la cultura de los pueblos? Aquí caben muchos matices, ya García Canclini indicó con su cotidiano acento crítico, lo que desde su visión dificulta la definición de patrimonio, cuando señala:

1 Pérez Montfort, Ricardo. *Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX. Diez ensayos*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2007, p. 10.

“El papel protagonista del Estado en la definición y promoción del patrimonio se funda en una concepción conservacionista y monumentalista. En general las tareas del poder público consisten en rescatar, preservar y custodiar especialmente los bienes históricos capaces de exaltar la nacionalidad, de ser símbolos de cohesión y grandeza”². En la práctica, el Estado define como patrimonio una gran cantidad de fiestas celebradas en pueblos y hasta muy recientemente en las ciudades³, pero muchas otras siguen celebrándose lejos de los reflectores institucionales y tampoco responden a un afán de nacionalismo o cohesión. Algunas fiestas son símbolo de resistencia, de lo que también García Canclini define como “un espacio de lucha material y simbólica entre las clases, las etnias y los grupos”⁴.

En este espacio simbólico es en el que localizamos el trabajo de Francisco Palma. En su obra no hay espectáculo, en el sentido institucional de la palabra. Los personajes, momentos, rostros, paisajes, calles, risas, música, gestos, se muestran generosos hacia ellos mismos y hacia lo que celebran y comparten entre los participantes del festejo. En sus imágenes se comprenden las fiestas como un evento dirigido al mismo pueblo, en el que la lente de Palma actúa como espejo y devuelve la mirada al interior del festejo o del ritual. No es necesario demostrar grandeza ni monumentalidad, eso se comprende como parte del espíritu mismo del festejo. La grandeza radica en resistir, resistir al tiempo, al poder cultural hegemónico, a las modas y al bullicio de la época en la que vivimos. Palma es consciente de su rol como testigo y con gran habilidad logra deslizarse entre bailes y humo de copal. Se adentra en habitaciones y montañas, tumbas y disfraces, en la lejana sierra norte del país y en las alturas del volcán Popocatepetl, dirige personajes, pasa inadvertido y así con la

2 García Canclini, Néstor. “Los usos sociales del patrimonio cultural”, en: Aguilar Criado, Encarna (ed.), *Patrimonio etnológico. nuevas perspectivas de estudio*. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico y Editorial Comares, 1999, p. 23.

3 Como la tercera edición de la Fiesta de las Culturas Indígenas, Pueblos y Barrios Originarios de la Ciudad de México celebrada este año.

4 Idem, p. 18.

misma generosidad de quienes aparecen en sus imágenes, nos regala y acerca a un México que seguimos descifrando. Lejos de nacionalismos, en sus imágenes la cohesión se percibe en pequeños grupos, que como ladrillos de adobe suman su fuerza desde la tierra que los soporta para así resistir en conjunto y dar cobijo a las tradiciones que identifican a pueblos, barrios o regiones. Frente al trabajo de Francisco Palma entendemos que el protagonismo de quien define lo que es patrimonio debiera ser usurpado con todo mérito por los que insisten en mantener las tradiciones, por los abuelos, hombres y mujeres que a fuerza de resistir, caminan, bailan y transmiten a las nuevas generaciones los valores y tradiciones que hacen comunidad.

Resistir, re-crear

Francisco Palma

Hace poco más de una década comencé a documentar algunas fiestas de la Ciudad de México y poco a poco salí a otras regiones para conocer más tradiciones. Desde entonces me interesaba saber más sobre “el otro”, y las fiestas fueron el pretexto ideal para acercarme a las comunidades indígenas, los pueblos rurales e, incluso, la urbe misma.

Fotografiar es para mí una forma de entender, de aprender que existen muchas formas de pensar, vivir y entender este mundo. Sin embargo trato de no quedarme sólo con la parte romántica, también me es necesario ver los cambios que se suscitan y acechan en todas las latitudes. Si bien existen continuidades culturales éstas se van modificando, es algo inevitable, por ello me resulta interesante ver como cada comunidad se adapta ante los embates de la modernidad.

Pero esa adaptación es, al mismo tiempo, una resistencia al cambio, a no dejar sus tradiciones, aunque tengan que hacerlo de otra forma. En muchos casos esa resistencia también se convierte en lucha por reivindicar, revalorar, o recrear la tradición y los conocimientos ancestrales. En otros casos la resistencia es menos fuerte y los cambios ocurren con más facilidad.

Me queda claro que la cultura se reinterpreta constantemente, cambia, se adapta y que son sus actores quienes deciden hasta qué punto continúan las tradiciones, sin embargo, desde el otro lado nos queda el respeto y la valoración de los saberes.

Al fotografiar y mostrar estas tradiciones espero lograr en los espectadores una recreación de las preconcepciones que tenemos sobre estas prácticas, que no son sólo las fiestas “bonitas” sino que detrás de ellas hay conocimientos que vienen de muchas generaciones atrás, los cuales deben ser valorados como parte del patrimonio cultural intangible que tenemos en México.

* * *

Francisco Palma (Ciudad de México, 1980). Fotógrafo, antropólogo y periodista, su trabajo está orientado a la documentación y divulgación de temas relacionados a las culturas populares y de los pueblos indígenas. Además de publicar sus fotografías en diversas revistas y periódicos, escribe artículos y guías de viaje sobre diferentes entidades del país. Gusta de participar en la ilustración fotográfica de libros de texto educativos para la Secretaría de Educación Pública y otros proyectos de difusión sobre el patrimonio cultural mexicano.

En la docencia se ha desempeñado como profesor de fotografía en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. También ha impartido talleres en la Universidad Autónoma Metropolitana y para el programa Alas y Raíces de CONACULTA.

Entre los reconocimientos que ha obtenido destacan el 1er lugar del Concurso Nacional de Fotografía de la Dirección General de Culturas Populares de CONACULTA (2009), 1er lugar del Concurso Nacional de Fotografía *Cuartoscuro* (2006 y 2008), el 1er lugar del Concurso Nacional de Fotografía Antropológica (2007) y el 1er lugar del concurso Punto de Partida de la UNAM (2006).

Catálogo

Señores de la lluvia

Volcán Popocatepetl, Puebla, 2010

Don Goyo, como tradicionalmente se le llama al volcán Popocatepetl, cumple años cada 12 de marzo, día de San Gregorio. En esta fecha habitantes de los pueblos cercanos suben a un lugar conocido como “el ombligo” a festejar al volcán, para llevarle música, enflorar sus cruces, bailar la danza del listón, pero sobre todo a llevarle ofrenda y estar con él.

La celebración también sirve para hacer las primeras peticiones de lluvia, antes de temporada, para que en los meses subsecuentes las precipitaciones sean benéficas para las cosechas.

La ceremonia es presidida por Don Antonio Analco, uno de los “tiemperos” de la región. En sus sueños, Don Antonio ha hablado con Don Goyo y éste le ha dicho qué quiere para su fiesta, esta vez le ha pedido un pavo con mole, mismo que se le lleva junto con las ofrendas tradicionales de pan, frutas y velas.

Los tiemperos son personas que han obtenido un don especial, han sido elegidos por el volcán y por los espíritus del agua para controlar la lluvia y el granizo, para atraer la lluvia cuando hace falta y alejar la tempestad que daña los cultivos.

Este don lo pueden obtener de forma onírica, cuando en los sueños se les presentan los espíritus y les hacen el llamado, o también porque les cayó un rayo y sobrevivieron, prueba irrefutable que han sido elegidos por dios para hacer este trabajo.











Tigres de Zitlala

Zitlala, Guerrero, 2012

Cada 5 de mayo en la comunidad de Zitlala, Guerrero, se realiza la tradicional pelea de tigres. Esta lucha es un antiguo ritual donde el sacrificio, el dolor y la sangre se ofrendan para propiciar la lluvia y que haya buenas cosechas en el año. Días antes algunos comienzan a elaborar sus máscaras de cuero, otros usan la misma cada año. Tradicionalmente, las gruesas máscaras aluden al tigre, como se le llama al jaguar en Zitlala, pero hay quienes las exhiben con forma de lobo, perro o algún otro animal. Las “riatas” con que pelean son trenzadas con tal fuerza que resultan tan rígidas como un palo y se les hace un grueso nudo en un extremo, son un arma letal y para endurecerlas aún más son bañadas con mezcal de la región. Durante cinco horas decenas de “tigres” luchan cual gladiadores, el dolor no importa, hay que hacer la ofrenda y continuar la tradición de los abuelos.







Semana Santa Tarahumara

Guapalayna, Chihuahua, 2008

Durante la Semana Santa en la Sierra Tarahumara una parte de los hombres dejan de ser hombres y se transforman en diablos, representando todo aquello que para los tarahumaras significa el mal, entre ellos a los mestizos o “chabochis” como ellos les llaman. Por otro lado salen los fariseos, representantes del bien. Ambos bandos se enfrentan durante el viernes y sábado santos, a lo largo de estas dos jornadas se persiguen y se capturan unos a otros. También bailan día y noche para honrar a dios. Al final el bien somete al mal en una lucha simbólica, sin embargo, aún falta la lucha cuerpo a cuerpo, si los fariseos ganan habrá buena lluvia y cosechas abundantes, si los diablos vencen será un año difícil para todos.







Esperando a las ánimas

Cuanajo, Michoacán, 2015

En Cuanajo, Michoacán, la celebración de las ánimas comienza el 31 de octubre a las 10 de la noche, a esa hora las campanas de la iglesia comienzan a repicar y no dejarán de hacerlo hasta la media noche del 2 de noviembre.

Los altares a las ánimas son visitadas en las noches por familiares y amigos quienes suelen llevar ofrendas de pan, fruta, velas y flores, los más allegados llevan esta ofrenda sobre un pequeño caballo de madera. Es costumbre atender a las visitas con tamales y atole. Las visitas duran hasta la madrugada y se llegan a hacer más de cuatro mil tamales y varias ollas de atole pues se da un itacate para llevar a casa.

Se dice que los caballitos que se dan en Cuanajo, como ofrenda en los altares, sirven para que el ánima tenga un medio de transporte para cargar todas las ofrendas que le llevan durante el 1 y 2 de noviembre.

También se cree que al ánima que no se le pone altar y no se le lleva ofrenda termina deambulando triste en su regreso al inframundo, pues no hubo quien se acordara de ella. Para irse con algo, al ánima sólo le queda ir recogiendo la fruta o el pan que van tirando quienes van sobre su caballo. Por eso en Cuanajo se ofrenda de forma generosa durante estas noches.







Fiesta Grande

Chiapa de Corzo, Chiapas, 2010

Cada año entre el 15 y el 23 de enero, hacen su aparición los Parachicos. Se trata de uno de los personajes de la Fiesta Grande en honor al Señor de Esquipulas, San Antonio Abad y San Sebastián en Chiapa de Corzo, Chiapas. Su montera de ixtle, su máscara (de rasgos españoles) y un sarape de Saltillo son algunos de los elementos característicos de su atuendo.

Cuenta la leyenda que María Angulo llegó a Chiapa de Corzo buscando un brujo que curase a su hijo de una extraña enfermedad que lo aquejaba tiempo atrás y ahí encontró el alivio “para el chico”. Eran días de sequía y aciago en Chiapa de Corzo así que, en agradecimiento, la madre del chico mandó traer ganado y víveres para repartir entre la población, motivo por el cual se hizo una gran fiesta para doña María y “para el chico”. Algunos cuentan que los Parachicos representan a los ricos comerciantes que acudieron a la fiesta, otros dicen que eran los acompañantes y mayordomos de doña María que repartieron la comida, hoy son un símbolo de Chiapa de Corzo.

Durante la Fiesta Grande de Chiapa de Corzo también hacen aparición las “chuntá”, hombres disfrazados de mujer que recuerdan a las mujeres que acompañaban a María Angulo quien después de curado su niño trajo prosperidad al pueblo.

En la Fiesta Grande, con su danza de los Parachicos, se propicia la convivencia entre la comunidad y la transmisión de conocimientos ancestrales. Por estas características, en 2010 la UNESCO declaró esta danza como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.







La fiesta de los diablos

Cuajinicuilapa, Costa Chica de Guerrero, 2012

Durante los primeros días de noviembre, en Cuajinicuilapa, en la Costa Chica de Guerrero, los hombres se convierten en diablos, salen del inframundo y traen consigo las almas de los antepasados, danzan por las calles y bromean a los vivos, en un juego donde la solemnidad no existe, todo es diversión, baile y alegría.

Ver danzar a los diablos es como ver espíritus chocarreros venidos de ultratumba, andan con ropa oscura, en algunos casos desgarrada y van dando gruñidos todo el tiempo. Su andar es poderoso. Recorren las calles encorvados, zapateando con tal ímpetu que serían capaces de abrir el piso y despertar a los muertos. A fin de cuenta para eso salen del panteón, para traer por unos días los espíritus de los antepasados, tal vez ellos mismos los representan.

En la danza hay un Tenango, o diablo mayor, arriando con su látigo a los inquietos y bromistas diablos mientras espera la salida de su esposa, la Minga, mamá de los diablos, vestida con máscara de mujer, falda y blusa floreada, atributos excedidos y un bebé de plástico en el rebozo. Aunque ella también va bromeando no deja de poner disciplina entre sus hijos cuando estos se exceden en las bromas.

Nadie sabe con certeza el origen de esta danza, unos dicen que venía en un barco que se hundió en una costa cercana, otros cuentan que se originó en estas tierras costeñas durante la época colonial y como protesta ante la esclavitud de que fue objeto la población negra traída por los españoles. Lo cierto es que en esta danza existe una lejana raíz africana, misma que da identidad a la población de esta costa.









